

Un día soleado

Aquella mañana, Londres amaneció iluminada por un sol radiante. De hecho, fueron los rayos de sol que entraban por su ventana los que la despertaron, dibujando una sonrisa en su cara. Sin perder el tiempo, se dispuso a prepararse para salir a tomar el sol en el parque más cercano, que se encontraba a media hora andando, pero antes, tomó un buen desayuno consistente en un vaso de leche con dos tostadas.

Preguntó a su pareja si le apetecería ir a dar un paseo juntos, por aprovechar el buen tiempo que hacía, pero recibió una respuesta negativa una vez más. Él ya había quedado para jugar al balonmano. Entonces, pensó en preguntarle a sus amigos si querían quedar, pero desistió de la idea, porque ellas vivían en la otra punta de Londres, a más de una hora de distancia en el metro.

En ese momento, durante el desayuno, se dio cuenta de que, si de verdad quería ir al parque, tendría que ir sola. Al principio, pensó que era una pena el tener que ir sola, pero luego pensó que lo mejor sería disfrutar el momento, aunque no pudiera compartirlo con nadie. En seguida, se terminó de preparar y salió decidida por la puerta del piso que estaba alquilando.

Hacía tiempo que no había ido al parque porque nadie iba con ella, pero se acordaba del camino perfectamente, solo tenía que girar a la derecha cuando llegara a la avenida de las mansiones lujosas y andar toda esa avenida hasta el final. Mientras andaba, reflexionaba sobre la desigualdad existente en la vivienda entre una calle y otra. En su calle, había pisos minúsculos que se agolpaban unos contra otros, pero en la avenida, había mansiones enormes con hueco de sobra entre una y otra para tener varios aparcamientos privados e, incluso, una piscina al aire libre. Esta desigualdad le pareció muy injusta, pero siguió andando por esa avenida porque era el camino más rápido hacia el parque.

Cuando estaba a punto de llegar empezó a sentir calor, porque había subido la temperatura. Además, ya podía ver las copas de los árboles sobresaliendo por encima de la muralla que cercaba el perímetro del parque. Aceleró el paso, pues quería tener un buen sitio donde sentarse, cerca de la tienda de comestibles y con vistas al lago que se situaba enfrente de la misma. Cuando entró, vio a varias personas allí, y se dio cuenta de que una de ellas era uno de sus compañeros de instituto. En seguida saludó al profesor, que le devolvió el saludo muy amablemente.

Acto seguido, se sentó en su banco favorito, que, por suerte, todavía estaba libre, y sacó su libro de lectura, que comenzó a leer ávidamente. Afortunadamente, también llevaba

Un día soleado

consigo sus gafas de sol, que normalmente no le habrían hecho falta, pero ese día le ayudaron a compensar la luz. La historia que estaba leyendo era tan interesante que, tras leer un párrafo, se enganchó intensamente al contenido del libro. Solo alzó la mirada varias páginas después, cuando oyó la conversación de unos niños, ya que el sonido de esas voces le resultaba familiar. Efectivamente, eran alumnos suyos. En cuanto la vieron, se dirigieron hacia el banco donde estaba sentada para saludarla jovialmente. Le dijeron que las chicas habían preferido andar por el canal, pero ellos querían jugar al fútbol y por eso habían ido al parque.

Tras finalizar la breve conversación, se quedó pensando en el impacto que su vida tenía en su alumnado. Se alegró de que la hubieran saludado tan alegremente y sintió que la recordarían cuando se fuese de ese centro. Su vida cobró más sentido que nunca.